

SAN JOSÉ, COSTA RICA

1924

LUNES 4 DE FEBRERO

SEMENARIO DE CULTURA HISPANICA

EL PAPA Y LA PRENSA

La nueva soberanía

—Si los alemanes ganan la guerra —decíanos en 1915 un nuestro amigo, partidario ferviente de los aliados—, ¿qué va a ser de nosotros, pobres liberales, en manos de las triunfantes derechas germanófilas?

—Nada, nada...—le respondimos, recordando nuestros viejos tiempos de estudiante en la Universidad de Berlín—; nos salvaremos del furor teutónico de los reaccionarios españoles, emigrando... ¡a Alemania!

No era paradoja. Frente a nuestras derechas desatadas, el propio Imperio del César Guillermo II habría parecido un democrático refugio del liberalismo y la civilidad. ¡Cien veces mejor Alemania que nuestros germanófilos!

Y ahora, amigos liberales, tendríamos que repetir una contestación análoga, frente al clericalismo atávico de estas derechas españolas. Nos salvaremos de nuestros vaticanistas cobijándonos bajo la cúpula del Vaticano. Ante la saña de nuestros papistas apelaremos a la bendición del Papa.

Por dos veces en estos días ha sido el Sumo Pontífice quien ha encarnado el sentido de la tolerancia y la libertad. Nuestros reaccionarios fanáticos han sufrido una profunda desilusión ante las conciliadoras palabras del Jefe de la cristiandad. La Iglesia de Roma es hoy, tal vez, la más conservadora de las fuerzas sociales europeas. Pero, al fin y al cabo, es una fuerza europea, y a nuestros castizos derechos inquisitoriales les parece demasiado transigente, hartó reconciliada con el progreso de los tiempos y un tanto resabiada de modernismo.

Por segunda vez ahora los clericales españoles se habrán sentido decepcionados. Fué la primera, ya se ha dicho, al leer el discurso del Papa. En las elevadas frases de Pío XI, la unidad católica española, cuyo sentido político es lo que encanta a nuestras derechas se ha esfumado en un ambiente místico, transformándose en «la influencia saludable de la Santidad y

de la Civilización, de la verdadera Ciencia y del Arte, en la armonía de los pensamientos y los corazones». Ha sido justamente el Papa quien nos ha recordado que también puede haber en España ciudadanos que no sean católicos, «hijos infelices aún cuando siempre amadísimos...», «a quienes no excluimos de nuestras oraciones ni bendiciones...», ¡Y a quienes las derechas extremas quisieran excluir, impiamente, de la plenitud del Derecho en nuestra patria!

Mas ahora, estas derechas acaban de recibir una segunda lección del Pontífice Romano, cuyo magisterio no pueden ellas recusar. Concedió el Papa audiencia a los periodistas españoles; a todos también, a los católicos penitentes lo mismo que a los liberales impetentes. ¿Habría acaso contra la mala Prensa, alentando así las diatribas que con frecuencia resuenan en

nuestros púlpitos? ¡Oh, no, por Dios!, que estamos en la Cámara de una de las más finas diplomacias de Europa. ¿Abominaría quizás de la maldita libertad de imprenta? ¡Mucho menos, Señor!; que, al cabo, Su Santidad es aquel prelado Aquiles Ratti, hombre de cultura y de deporte, muy sacerdote, pero muy siglo XX...

No, El Papa expuso ante nuestros compañeros, en conceptos resumidos, una alta lección de democracia. «Mientras los poderes seculares—dijo—han ido perdiendo algunos de sus atributos en el conjunto de la vida de los Estados, la Prensa los ha ido ganando hasta constituir una imagen de la verdadera soberanía».

¿Qué es esta nueva soberanía de la Prensa, cuando se ejerce rectamente, más que un reflejo de la soberanía de la opinión pública? ¿Y qué es la soberanía de la opinión sino la expresión constante de esa soberanía del pueblo que constituye la esencia misma de un régimen político democrático?

Pero, por lo menos, el Pontífice

(Páase a la página 292).

Política

Hemos recibido los Nos. 2 a 6 del año I de esta Revista mensual editada en Buenos Aires, y de que son Directores Alfonso de Laferrére y Julio Noé. Es un mensuario militante; combate con firmeza y denuedo el Gobierno del Dr. Alvear y versa sobre asuntos de política argentina relacionados con la enseñanza, las finanzas, la agricultura y otras fuertes actividades de la gran República del Sur.

Del examen de los cinco números que nos han llegado, sacamos en limpio algunos párrafos importantes.

Por ejemplo, éste de Manuel Gálvez, en el artículo *El espíritu de los partidos*:

Pero si jamás he intentado actuar en los partidos no ha sido por desin-

terés de la política, sino por la necesidad en que me encuentro, como novelista, de conservar mi independencia. Si actuara en un partido, ¿cómo podría reflejar alguna vez imparcialmente la vida de mi país? Pero esta independencia no me impide observar el fenómeno político y comentarlo.

Por otra parte, mis libros están llenos de política. Desde *El diario de Gabriel Quiroga* hasta *La tragedia de un hombre fuerte*, en todos ellos puede advertirse la preocupación por los problemas políticos. El último, especialmente, abunda en opiniones sobre las ideas directrices de los partidos y aun sobre las modalidades que los partidos ofrecen en la vida diaria. Considero una pedantería o una actitud anárquica el desprestigiar una cosa tan fundamental como la política. ¿Pues qué es la política sino el conjunto de las ideas y las formas que